

menzó luego á interrogar á aquellas gentes sobre los sucesos de la guerra.

— Pero ¿qué quiere que le digamos, mi jefe? Yo estoy aquí tan apolismao y dao á la porra que, con perdón de usted, ya no podré hacer nada ni moverme más en mi vida... Desde lo de Veranos, no puedo ver la mía.

— ¡Pues cuéntemelo, hombre, dijo Ginés; vamos á ver cómo estuvo eso de Veranos!

— Cuéntalo tú, suplicó el soldado á un viejo de venerable barba blanca y que al parecer ejercía mando sobre la tropa.

— Lo contaré yo, dijo el barbudo sin hacerse de rogar.

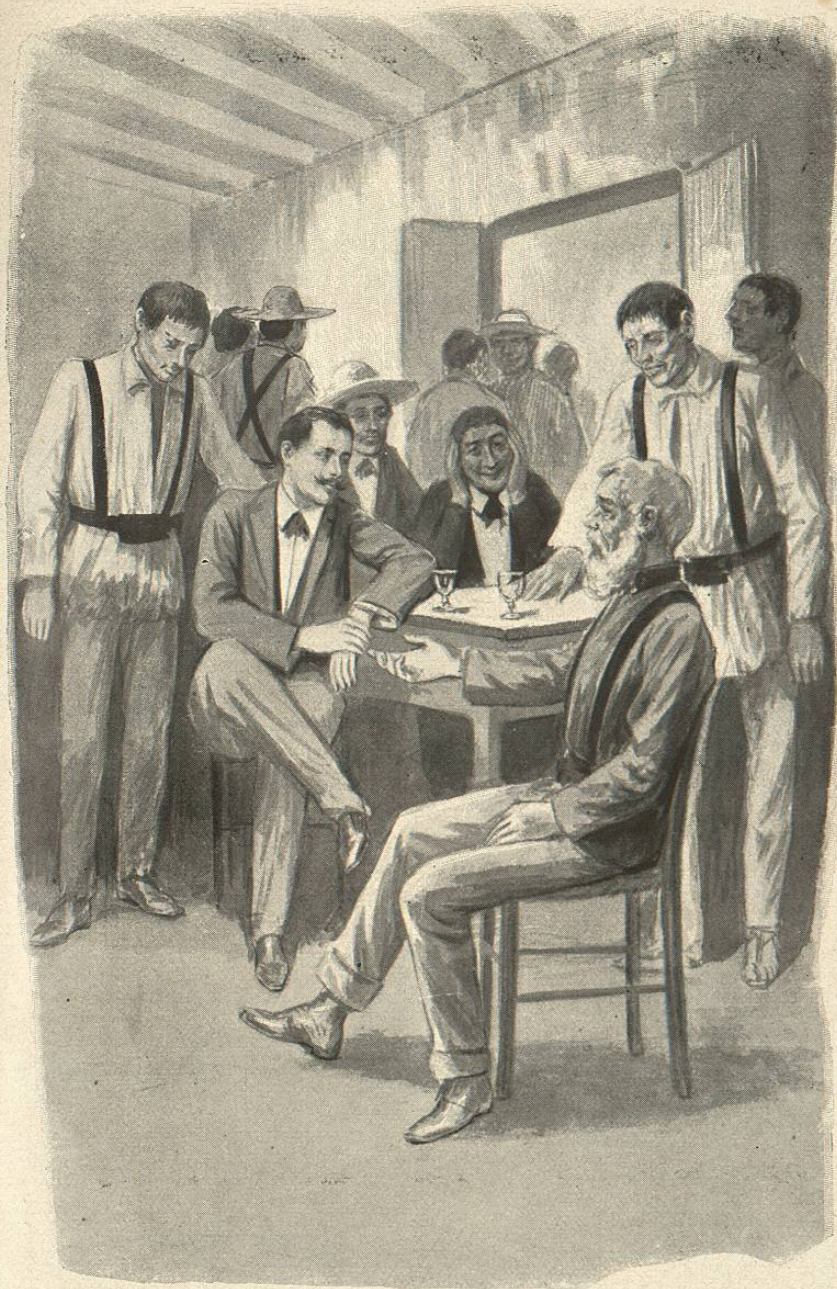
Y al empezar el relato mojó los labios y empapó el gaznate con el tequila de una trigueña que con su tapón de olote, su hilo al cuello y su tufo acariciador excitaba la codicia del soldado.

El cual, tras de limpiarse con el envés de la manga y de escupir una saliva espesa que pronto se confundió con el polvo que llenaba la carretera, empezó así:

— Lo de Veranos fué ahora en Enero, días después de la zurra que nos dieron.

— ¿Zurra, sargento Perales?

— Sí, señor, una zurra de las que no hay muchas en libra. Con decirle que mi general Corona tuvo que echarse por un voladero... Fué cabalmente el primer día de este año, en el Espinazo del Diablo... La esquitera de tiros era



— La contaré yo, dijo el barbudo sin hacerse de rogar...



de no entenderse; parecía un granizal de los que caen raras veces por aquí... Ya no sentíamos lo recio, sino lo tupido; estábamos medio locos, aguardando no más la hora en que nos tocara nuestro confitazo... y á la difuntería. Figúrese no más; mil quinientos contra doscientos. Pos por no hacerle el cuento largo, tiene que estábamos cerca del jefe Jesús Ortiz, Pascasio Moya, los dos Contreras, Juan Castañeda, Pablo Prieto y un servidor... Mi general tenía cerquititas, como estamos usted y yo, á *Botas*, su asistente...

— Mi general, le decíamos, escápese su mercé, que todavía es tiempo.

— No, quiero ver qué pasa con Saavedra.

Y no le miento; no había perdido su color, estaba fresco como la fresca mañana. De repente que se viene abajo Pablo Prieto, y luego vemos caer á Jesús, y después á Antonio Contreras, y cuando Pascasio iba á hacer este movimiento, que la bala le entra por aquí, por la ingle, Dios me guarde, y echa la maroma y cae al fondo del barranco... La cosa estaba fea; pero mi general sin hacer caso y todavía preguntando por Saavedra. Cae otro y luego vemos á los gabachos... aquí, á una distancia que nos habrían podido matar si no hubieran querido asegurarnos... Les oímos cuando llegaron hablando en su lengua: *güiri, güiri Curona... güiri, güiri...* Mi general ni volteó; se adelantó un poquito, se aseguró la pistola, y al



voladero... Y por allí vamos Juan Contreras y Botas y yo... Mi general tomó más vuelo y cayó sin un raspón; los gabachos estaban arriba, gritándonos de seguro insolencia y media... Apenas les oíamos el *Curona, Curona*, á medida que se retiraban... Pos que volteo los ojos y no me encuentro más que á *Botas* en pie; el pobre Juan se había quebrado el pescuezo, porque cayó así, boca arriba... De mi general, ni razón ni nuevas; se había ido por el fondo del barranco; por cierto que allí se encontró á Pascasio hecho una compasión. Mi general cogió agua de un remansito, se la dió en la boca al pobre, le puso á la sombra de un madroño, le colocó en la pierna una liga pa que no se vaciara en sangre y siguió su camino descalzo, con la ropa hecha peazos, muriéndose de sé y de hambre. Usté ya conoce eso de la sierra: hay más jaras, y unos espinos, y unos peñascales, y unas cosas que... ¡Jesús me valga!

Mi general anduvo todito el santo día trepando lo más y bajando barrancas y enfilando arroyos... ¿Agua? Dios la diera... ¿Comida? Ni de dónde sacarla: el pobrecito se contentaba con chupar las pencas de nopal que veía por allí... Y nosotros estábamos comiendo y bebiendo hasta *atoyarnos*, cuando nuestro general andaba como coyote perseguido: habíamos llegado al rancho de un amigo, y con perdón de usté, hasta nos la *colocamos*... ¡Lo que es el mundo!

Mi general ya se moría de la sé y de la hambre y de la calor; pero siguió caminando hasta las siete que empezó á refrescar un poco: bebió agua de un venerito que vió por allí y echó á andar de nuevo. A las ocho serían cuando llegó al rancho de don Jesús Guerrero, onde le dieron de comer, de beber, una mula para que se retirara y un muchachito para que le guiara.

El maldito *Botas*, que parece perro, cosa de las cuatro se sintió mejor de la *briaga*, y dijo dice:

— Yo voy á precurar á mi general; está en el Palmar ó en el ranchito de don Jesús. Allí le caigo.

— ¿Tú qué sabes, hombre? Mi general quién sabe dónde esté si vive.

— ¿Si vive? Vivo está y en el Palmar ó en ca don Jesús.

— ¡Tú que sabes!

— Digo que está en el Palmar ó en ca don Jesús.

Y como se levantó y no podía quedarme solo, le seguí por aquellas barrancas de Dios.

Pos, amigos, que por no hacerles el cuento largo, á las nueve sería cuando llegamos á ca don Jesús.

— ¡Alto ahí!... ¿Quién vive? ¿Qué regimiento? Era mi general que ya estaba en su mula, acompañado de unos cuantos dispersos y listo pa seguirla. No nos hartábamos de besarle las manos y de darle gracias á Dios de que le hubiera sacado con bien.

A Guerrero, el general le mandó una cartita en que le



dice que le agradece mucho lo que hizo por él, y que sólo muerto lo olvidará, y que guarde la carta para que le premien cuando ganemos, y muchas cosas muy bien puestas hasta donde acaba con un Ramón Corona que da gusto.

El primer cuidado de mi general jué que se supiera que todavía estaba vivo, pues se decía que los franceses le habían fusilado: ya ustedes saben lo que son. Bueno, pos á mí me tocó llevarles el parte á los de Rubí... La verdá, la verdá, la pura pelada, si á mí me hubieran dicho que mi general era así de querido me habría asombrado... Mejorando lo presente, pues ni el Santísimo Sacramento.

Bueno, pos el general Rubí me llamó aparte y me preguntó santo y seña de la redota, y de cómo se había escapao el jefe y de todo.

— Bueno, pues ahora vete á comer, Perales, que en la tarde tendrás que dar la vuelta.

— Como lo mande mi general, le dije haciéndoseme agua la boca al considerar lo que me darían aquellas gentes.

Hubo su pozolito y sus frijoles, y unos chicharrones sin exprimir y un tequilita... A las dos de la mañana don Domingo me llamó.

— ¿Estás listo, Perales?

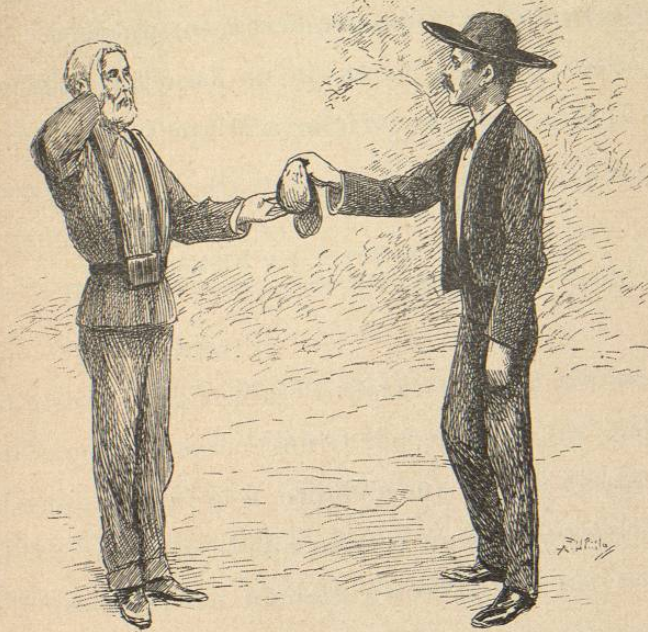
— Listo, mi general.

— Bueno, Perales, pues vas con el general y le das esta carta y le dices cómo nos alegramos aquí de que haya

salido con bien, y para ti estos cien pesos. Y me alargó una redecita llena de pesos duros.

— Mi general, ¿pa mí? ¿Pa mí, mi general?

— Si, hombre, pa ti: no has venido á avisar que vive un perro, sino el general Corona, nuestro padre, nuestro jefe.



Yo tomé la bolsita sin chistar más, y cuando la guardaba en el seno añadió Rubí:

— Con gran trabajo se juntó entre la oficialidad y la tropa; pero eso mismo te probará cuánto se quiere aquí al jefe.

Al ratito salía del campamento, oyendo todavía los gritos de ¡Viva Corona! ¡Mueran los franceses!



Empinó la trigüeña el buen Perales, y cuando veía cielo y botella, nadie le interrumpió sino para decir:

— A la suya.

— Que usted la tenga.

— Que se le vuelva enjundia.

Siguió luego relatando la jornada de Veranos; pero yo aquí interrumpo para dejarte descansar un poco.

En este intervalo te envió un beso larguísimo, un abrazo apretado y tres caricias á Miguelín. Tu

*Miguel.*

DEL MISMO Á LA MISMA

Presidio, 1865.

Güera mía de mi corazón: Perales siguió de este modo:

— Usted, mi capitán (por Ginés) conoce el lugar de Veranos: está lo mismo que siempre, á la falda de una loma, conforme se baja de un cerrito que le domina, y á la derecha del río que también llaman de Veranos. Bueno, supóngase que aquí está el río; bueno, pos aquí está una ilesia... Aquí á la izquierda, está una casa grandota, y un poco más lejos, aquí, á la derecha, como quen va á Siqueros, otra casa más chica. Los gabachos se parapetaron aquí, en la casa grande, aquí pusieron sus cargas, y luego extendieron su trinchera hasta por acá... Aquí está el camino que va al Espinal, aquí el que va para el Verde; éste llega á la Puerta de San Marcos.

El barbudo nos había puesto el plano de la acción señalando las casas con copas, la iglesia con la botella, los caminos con tortillas, el río con una servilleta y las tropas con chiles verdes que sacó del salero que había servido en la fiesta.

— El diablo es el don Angel Martínez, siguió el relator con la mirada fija en el vaho azulino que se levantaba de un pantano á la vera de la ruta; el diablo es el don Angel. El maldito tuvo soplo de que llegaba la pila de franceses —dicen que eran algunos dos mil—y llamándome á lo reservado me dijo dice:

— Sargento Perales, ¿serías capaz de llevarle una noticia al general?

— A sus órdenes, mi general, le respondí cuadrándome.

— Pues vas y le dices que esto y que lo otro y que jué, que vino y que tornó y que volvió... Y le dices que no he querido escribírselo por la prontitú y porque no te aprehendan y te truenen y el golpe resulte del demonio... Ya tú me comprendes.

— Sí, mi general.

— Que viene una juerte coluna de Durango, de escolta de purititas mercancías... Que ya escaparon como seiscientas mulas de carga, pero que cabalmente en este instante y momento podemos alcanzar á los gabachos que cogieron pa Jacobo, ó á los que se quedaron aquí y que no tienen mulas ni madre que les parió; y ó dejan aquí



los bultos ó le entran á los mates cuando á nosotros se nos antoje.

Yéndome por travesías le dí alcance al general y le dije todo como era, y que esto y que lo otro y que jué y que vino... Quién sabe qué le diría mi general al secretario, porque al ratito ya estábamos montados, y á poco llegábamos al Verde y allí nos encontramos á Rubí y á Correa y á toda la gente buena, y le dijeron al general que habían dejado, ora los franceses, en el punto aquel, ciento cincuenta soldados del sétimo y cincuenta arrieros, cada uno con su cagalumbre, y la gente que habían podido reclutar, que era poca... Hacía un calor, que con perdón de usted nos íbamos en manteca... Una cosa de quedarse uno de á seis con la marcha y la asoleada y todo lo que vino...

En puntito de las tres nos juntamos con nuestros amigos, y ya saliendo el sol se formaron las columnas. Anacleto Correa—¡probecito, parece que le estoy mirando! chatito, trigüeño, jetón, con los ojitos chiquillos y apenas pintándole el *boz*—Anacleto se fué por Siqueros; Jesús Peraza tomó el camino como vamos pa Veranos; Isidoro Peraza se jué por la mera orillita del río; y el general, con don Angel y una guerrillita tomó el camino de Cerritos...

Por cierto que al pasar frente á nosotros vi á mi general en su caballote alazán, de esos que les dicen árabes. Se detuvo á hablar con mi jefe, Correa, y con esa gracia

que tiene pa que le quera el mundo entero, nos dijo viéndonos listos en nuestros cuacos, digo:

— Muchachos, á portarse bien, que ora va de veras; ó nos matan, ó nos remediamos con esos tanates de pesos que traen estos sinvergüenzas... El que entre primero á la casa fortificada... ya sabe: su cuera plateada, su sombrero alemán, su caballo fino y cincuenta pesos duros... ni Dios se los quita. Y á Correa, que estaba medio alicaído, le dijo: «¿Qué es eso, amigo? No sólo el que corre pierde, también el que clava el pico. A ver si ahora se pone la banda azul...» Y como me vió comiendo un peazo é gorda, don Ramón, que es tan parcial y tan buena gente: «¿oye, me dijo, no tendrías por allí otro cacho de gordita?» La vida le habría entregado, cuantimás un peazo é tortilla... Metiendo mano á las cantinas le dí todo lo que me quedaba, y él se fué con los de su estao mayor hablando de cosas... Estos son los sombrereros, amigo, y no los que los fabrican... Bueno, pos pa no hacer el cuento largo, tiene que nos estuvimos atejonaos un buen rato, y á los clamores de las ocho, cuando los franchutes tocaban retreta y lista, ¡ay, negritos de mi alma! que el pobre Correa se afianza en los estribos, que nos echa dos ó tres tales, de esos que hasta se enchina el cuero, y que nos vamos contra el parapeto de los franceses al mismo tiempo que oímos la esquitera de los balazos echándole de alma á la casota... Pos, amo, ni se lo quisiera decir; don Ascensión quén



sabe qué diablos traía que picándole al penco lo hizo llegar no hasta las trincheras, donde le habían dado las órdenes pa que se detuviera, sino que saltó como si el animal fuera de resorte... Ya usted sabe lo que son las bestias: al ver que pasaba el caballito del coronel, pasamos todos, y los gabachos tuvieron que correr pa dentro é la iglesia gritando no más *güiri güiri*... Me acuerdo que junto á mí quedó tirado un oficial, mozo él, empuñando el sable y con un balazote aquí, en el pecho. ¿Me cree que toavía estaba galán el maldito y que me dieron ganas de levantarlo? Pero un muchacho, corneta, de Guanajuato, y más amargoso que las tripas del bule, cogió su sable, y zás, zás, zás, tres metidas le dió... A mí ¿pa que es más que la verdad? no me gusta pegarle al cristiano si está caído y menos si es hombre de valor; pero hay genios así: se aluciferan cuando ven la sangre.

Los franchutes iban á la correjuyenda, y nosotros tras ellos haciéndoles pedazos con los machetes; pero, ¡ay, amigo! que llegan á unas trincheritas de ladrillo, serían así de altas, cuando mucho del altor del amo que está á la izquierda, y que al llegar allí se quedan, mala la comparación, como si fueran de piedra, con los marrazos empuñados, y firmes como ellos solos.

Nosotros teníamos ya el auxilio de los de Peraza, que habían brincao la muralla tras de nosotros, pero los malditos gabachos estaban como tranca.



... saltó como si el animal fuera de resorte...